EL MIEDO

I

Era el *batis*[66], con su doble muralla de rocas tan grandes como montañas y de *baletes* tan altos como nubes, una cinta zigzagueante de plata que partía el *barrio* en dos. Todas las mañanas, en cuanto se asomaba el alba, irrumpían desde ambos lados y por veredas que se abrían entre malezas y zarzales grupos alegres para solazarse en las delicias de un baño.

Eran siempre las primeras en llegar las mozas. Antes que de cantar de aves y zumbar de insectos, se poblaba el fondo rumoroso del *batis* de chillidos y de gritos. Hasta las pobres flores que se abrían entre las grietas de los muros caían tronchadas por manos aleves que las convertían en proyectiles en una batalla de aromas y perfumes...

II

Angué adoraba estos baños a pleno sol, bajo la doble bóveda verde y azul de las cañas y de los cielos. Adoraba la brisa que tenía extraños cantares cuando pasaba por sobre las copas de los árboles. Adoraba el leve chorro cristalino que nacía al pie de un *dap-dap*[67] y que tenía para ella, al fragmentarse en diamantes sobre su cabeza, una amplia caricia purificadora. Adoraba sobre todo...

Lo sabían sus compañeras, todas. Más que ninguna, lo sabía esta amiga íntima, *Atang*[68], que nunca se olvidaba de bromear:

—No sé quién es más fiel en la espera de tu llegada, si la fuente o cabe la fuente, Andrés...

Tras la cortina de agua, transparente como hecha de encajes, se

[66] Manantial, arroyo, río o torrente.

[67] Nombre científico: *Erythrina orientalis*. Pertenece a la familia de las leguminosas. El *dapdap* es un árbol muy bonito de tamaño mediano, con flores rojas de unos 7 cm. de largo. Sus hojas son triangulares. Es un árbol indígena de India, Malasia, Polinesia y Filipinas.

[68] *Atang* es el nombre usado para llamar a una persona mayor muy querida.

sentía Angué enrojecer, pero ¡bah! ¡sí! ella adoraba por encima de baños y brisas y chorros este bendito lugar porque en él se le había revelado el misterio del Amor en ese Andrés tan malo, tan malo que sin saberlo ella, antes de hacerse novios los dos, se quedaba horas y horas tendido entre matorrales, allí arriba, como en un palco de ramas y de hojas, contemplándola en medias desnudeces, sorbiéndosela toda entera a través de los ojos, que un día...

Bien, ya novios, él se lo había explicado:

—¿Qué quieres? Sabía que hacía mal... pero pensaba que mirándote, mirándote sólo, desde lejos, todavía me quedaba corto, ¡más corto que... esa agua que, además de verte, puede deshacerse sobre ti en interminables abrazos!

■■■

En cuanto se iniciaba el crepúsculo, volvía el *batis* a su soledad, y con el callar de voces humanas, surgían los mil vagos rumores de cosas y de almas de cosas. Luego caía la noche, tupida, como una inmensa ala negra y al horror de las sombras se añadía la honda emoción del silencio. Jamás, a tales horas, vagó persona alguna por aquellos contornos. ¿Cómo, si del *batis* se contaban extrañas consejas?

Era una nidada de *tikbalangs*[69]. Venidos de sus lejanos escondrijos, reuníanse aquí en misteriosas citas en cuanto se hacía de noche. Aquí traían sus víctimas; aquí las alimentaban con excremento de caballo; aquí tenían sus orgías cuando de sus correrías volvían con pingües botines. Hasta el *barrio*, que cerraba herméticamente sus puertas y ventanas, llegaban a veces rumores de batir de alas, de pisadas y de gemidos…

Angué les tenía a los *tikbalangs* un miedo horrible. ¿Por qué no,

[69] Un espíritu del folclore filipino de figura humanoide con extremidades desproporcionadas. Tiene la cabeza y las patas de un caballo y vive en los bosques. Puede convertirse en humano y hacerse invisible. Se dedica a asustar a caminantes y para escapar a su influjo hay que usar las prendas de vestir al revés o atreverse a pedirles permiso para pasar en paz.

si persona que cataba de su raro alimento, persona que convertíase en *tikbalang* también? Y era tanto el miedo de *Angué* que, a veces, en pleno día y en medio de sus compañeras, se estremecía pensando en que mientras se bañaba podía estar mirándola uno, desde la capa de algún *balete*. Andrés le daba bromas muchas veces:

—Los *tikbalangs* ¿sabes? también se enamoran. ¡Ay de ti si alguno de ti se prenda!

Angué temblaba de horror, hasta que Andrés se echaba a reír y decía:

— ¡Tonta! Los *tikbalangs* sólo existen en la imaginación de los miedosos.

IV

Angué y Andrés tenían frecuentes riñas. A veces se quedaban días enteros sin hablarse. Los disgustos surgían de cualquier cosa, más generalmente del empeño de él en retrasar la boda.

—Vamos a ver, hoy estamos en mayo —solía decir él—, bueno; la boda será para septiembre u octubre, después de la cosecha. Tengo tres *cavanes*[70] plantados de *palay* y poca suerte tendré si no recojo lo bastante para la fiesta...

—¡Fiesta! ¡Fiesta! —atajaba ella—, tú estás loco, más que loco. Mejor será ahorrar lo que hayamos de gastar en ese *baysanan*[71] y formar, con el ahorro, un pequeño capital.

Claro, no se entendían. Andrés quería celebrar el acontecimiento con algo grande, inusitado, de que hablasen por mucho tiempo las gentes. Ella se empeñaba en que era tonto gastar en un *handaan*[72] que iba a durar breves horas el dinero que había costado todo un año de brega.

—Lo que yo quiero —había confiado *Angué* un día— es una boda

[70] En Filipinas es una unidad de capacidad seca, definida por el gobierno colonial español en el siglo XIX. Según el *DRAE* es "igual a 25 gantas, y a una fanega, cuatro celemines y medio cuartillo, o a 75 litros aproximadamente".

[71] Celebración para una boda.

[72] Banquete.

sencilla, en estricta intimidad. Tú y yo, nuestros padres, el cura que da su bendición y... nada más...

Pero Andrés no se dejó convencer. La boda debía celebrarse en septiembre u octubre y si ella no quería...

Estaba de mal humor el hombre, y sin pensar en la crueldad de sus palabras, ofreció la alternativa:

—Y si no te avienes, pues... ¡nunca!

Angué se sintió morir. ¡Cómo! ¿Nunca? ¿Nunca ya? Y más que el desengaño, el dolor, pudo en ella la indignación ante la ofensa:

—Entonces vete y no vuelvas más. Yo ya sospechaba que dabas largas al asunto, no por la fiesta, no por esperar la cosecha, sino porque querías preparar el camino poco a poco... ¡para una definitiva separación!

Él se alejó abochornado, vencido. No, no era eso lo que quería, con toda sinceridad. Pero había sido tan firme, tan decidida la despedida que no tuvo más remedio que marcharse. Sólo que ya en la vereda, y antes de perderse entre zarzales y malezas, se dio cuenta del horror de perderla para siempre, para siempre, para siempre... Y volvió, también decidido, a preponerle una solución inesperada, fulminante:

—Bien, si crees que doy largas al asunto, pues nos casaremos, pero inmediatamente esta misma noche...

Y bajó la voz:

—A las dos, aquí te espero. Nos iremos al juez de paz, en el pueblo…

Angué vio que hablaba con sinceridad Andrés y sintió que se le caía del cielo de golpe, inesperadamente, la felicidad. Y todo su ser, toda su alma iba a desbordarse en una afirmación cuando de pronto, horrorizada, se tapó la cara y chilló:

—¿De noche? ¡No, no, no!

Andrés la miró sin comprender, sin adivinar. Y ella, se lo explicó, estremeciéndose:

—¡Los *tikbalangs*!...

¡Ah, sí, los *tikbalangs*! Pero Andrés, que había hecho el renunciamiento de su voluntad, quería que ella renunciase también a su vez, algo íntimo, en pago. Ello, su miedo, su inmenso miedo a los *tikbalangs*. Y fue firme, terco Andrés:

—Si no vienes, es que se confirma mi sospecha... ¡de que quien quiere acabar con todo eres tú!

Acusada, acusada de infiel, de traidora, de insincera en el gran cariño que era toda su vida. Todo, menos eso. Todo, menos permitir que la sombra de una duda empañase la alta santidad y pureza de su amor. Y, sí ¿qué le importaban todos los *tikbalangs* habidos y por haber?, ¿qué le importaba su miedo? Vendría así se presentase la noche como boca de lobo, así le saliesen al encuentro rumores de batir de alas y de pisadas y de gemidos...

Y aceptó, también decidida:

—¡A las doce nos encontraremos aquí!